

Juan Barros

Mi caballo "Recuerdo"



Instantes después de haber nacido, murió su madre, en medio del potrero de «las casas». Quise hacerlo andar, pero el pobrecito apenas se tenía parado en sus cuatro patitas calambrientas y desorientadas que parecían rellenas con aserrín. Lo cargué sobre mis hombros y me quedé largo rato mirando los despojos de mi yegua «Regalona», que al exhalar el último suspiro, había formulado un relincho de despedida para mí y para su crío, y se había quedado inmóvil con los ojos vidriosos y como riéndose. Cargada de años y de merecimientos, su último acto de fidelidad fué legarme a su hijo al morir, a quien bauticé en su honor con el nombre de «Recuerdo».

Al depositar en el jardín de la casa el «coleóptero», me rodearon los perros con gran regocijo y formaron gran alboroto. Creyeron que se trataba de una merienda apetitosa, y si me descuido, se lo comen... Pero con tres puntapiés y unos cuantos gritos, comprendieron que se trataba de la mitad de mi corazón, y el «Regalón», un perro viejo, mestizo, de «pastor» en

«zorrero», que era el más hipócrita de la jauría, empezó a lamerle el cuerpo al crío en señal de comprensión y entonces todos los perros entendieron que había llegado a «las casas» otro hijo del amo y empezaron a ladrar con inconfundibles muestras de regocijo.

Empecé a amamantarlo con leche de burra en un biberón jubilado del nene, porque jamás quiso apegarse directamente a la pollina que le señalé como madrastra, para evitarme el trabajo de prepararle la mamadera.

Tal vez el calor, el pelaje áspero, la reducida estatura de su nueva mamá, sus orejas enormes y su cola como escoba de bruja, lo aterrorizarían al acercarse a ella, pero el hecho fué que jamás quiso allegársele, contrariando con esto lo que sucede con los seres humanos; no hubo más que recurrir al biberón y dárselo tres veces al día con increíble puntualidad, pues toda la gente de la casa, especialmente los niños, se peleaban por darle la mamadera al «Recuerdo».

A la vuelta de tres días, los cuatro cabos del simpático animalito, cobraron fuerza suficiente para transitar por toda la casa, como todos los habitantes de ella, incluido los perros, quienes se familiarizaron con él hasta el punto de tomarlo para la risa y chacotearse con él en el patio, como se hace en las escuelas con los niños recién ingresados.

Todo lo aceptó el crío con increíble buena fe, y a tal punto llegó su adaptación al medio, que circulaba por las piezas de la casa mezclado con perros, servidumbre y chiquillos y hasta al comedor se aparecía a la

hora del postre para mendigar pedazos de pan, terrones de azúcar y pegaduras de almíbar de los platos, todo lo cual se le ofrecía siempre con largueza y en medio de gran algazara.

—Ya llegó su «mercé», decía la criada, con cierto retintín y tal vez con envidia, al sentir en la repostería los pasos de cuatro personas del «Recuerdo».

Se volvían todas las cabezas hacia la puerta y lo demás ya se sabe...

Creció el «Recuerdo» en poco tiempo, con la variada alimentación que recibía, y se crió como cualquier fiel cristiano, comiendo a las mismas horas que todos los de la casa, hasta adquirir prematuramente la forma de un caballito. Con su pelaje mulato oscuro, con su mano blanca, con su anca dividida por una zanja bien pronunciada, con su tusa a la chilena y su colita recordada un poquito en el extremo, daban tentaciones de montarse en él; pero yo jamás lo permití porque se habría puesto «sillón» o «blando de lomo».

Cuando pasó la época de la lactancia, que duró hasta que a la pollina se le concluyó la leche, el «Recuerdo» había crecido demasiado y aunque su índole era la de un santo, comprendí que había llegado la hora de enviarlo al potrero, para que adquiriese el mundo que es necesario que adquieran los caballos para que salgan «buenos».

Quizás, si se hiciera lo mismo con los niños, la pedagogía tendría mejor resultado...

Le costó mucho al capataz sujetarlo en el potrero

de los caballos y muchas veces saltó cercos y atropelló puertas en busca de la «querencia» y a ella llegó como una exhalación, metiendo un ruido de dos mil de a caballo y aposentándose en el comedor que era su pieza preferida, sin ánimo de irse sino a empujones...

Gran celebración causaba esto en el ánimo de todos; pero pudo más mi afición a los buenos caballos para no tentarme a regalárselo y a la vuelta de unas cuantas reincidencias de esta especie, ordené que lo largaran al cerro con la yeguada para que se tornase salvaje en contacto con la naturaleza y con la libertad absoluta en que pacían las yeguas con sus crías y las vacas con las suyas.

Seguramente le sucedió en el cerro lo que a los huérfanos en casa ajena. El hecho fué que cuando bajó a «rodeo» en la primavera, a los dos años cumplidos, el «Recuerdo» venía inconocible y convertido en un verdadero salvaje.

Cortó dos lazos cuando ordené que lo pillaran para túsarlo y arreglarle las uñas, para lo cual hubo que manearlo y sujetarlo entre cuatro peones.

El viejo Pereira decía, mirándolo embobado:

—Qué bueno sale este caballo, patrón. ¡No hay más que mirarlo! Y ¡quién había de creerlo, con la crianza tan fatal que se le dió en un principio!...

Lo hice amansar por Zacarías Beltrán. Harto borracho era el muchacho, pero jamás conocí un caballo malo «salido de sus piernas».

Se cruzaron apuestas sobre si iría a «corcovear» o

no al ponerle la montura; y el viejo Pereira se reía socarronamente cuando se hablaba de esto...

No sólo «corcoveó» el «Recuerdo» cuando lo montó Zacarías, sino que lo «arrojó por las orejas», por primera vez en su vida, y se «revolcó con la montura».

Pero al fin tuvo que someterse a las formidables piernas del amansador y a «medio chancar» «se lo pasé» al viejo Pereira para que lo «arreglara».

Era un sabio Juan Pereira en materia tan ardua como es la de «arreglar» bien un caballo; y a la vuelta de un año de ir y venir por cerros y valles amaneció amarrado debajo de un sauce, frente a la casa, y ensillado con mi «montura nueva».

El viejo Pereira, pitándose un cigarro, sentado en el pértigo de una carreta, esperó mi llegada para observar mi sorpresa y cuando puse el pie en el estribo para montar, me dijo por debajo:

—Es como una oveja, patrón. Súbase con confianza. Dele sogas por «la orilla de la quincha» y póngaselas sin miedo. ¡No vaya a menear la cola el muy brutito!..

* * *

Duró tres días el rodeo en que estrené a mi caballo «Recuerdo» y cuenta la fama que en los tres días de rodeo atajé en él «del puro cuadril» todos los animales que corrí que fueron más de veinte...

Y esto, fuera de las «averías» que necesariamente tienen que producirse en tales ocasiones cuando se anda en «bueno».